

de una antigua cicatriz, y á Laertes por la circunstancia de los trece perales, que este anciano había dado á Ulises, en su infancia. Es grato ver que las entrañas del destructor de las ciudades están formadas como las del resto de los hombres, y que solo los afectos constituyen su fondo.

El reconocimiento está mejor manejado en el Génesis: colócase una copa, por un artificio de la mas inocente venganza, en el saco de un joven é inocente hermano; los hermanos criminales se desconsuelan pensando en la aflicción de su padre; la imagen del dolor de Jacob dilacera súbitamente el corazón de José, y le obliga á descubrirse antes de lo que había proyectado. Por lo que respecta á las palabras *Yo soy José*, sabido es que hacían llorar de admiración al mismo Voltaire. El *Soy tu padre* de la Odisea es muy inferior al *Ego sum Joseph*. Ulises encuentra en Telémaco un hijo sumiso y fiel; pero José, que habla á unos hermanos que le han vendido, no les dice: *Soy vuestro hermano*, sino únicamente: *Soy José*, y todo se encierra para ellos en la palabra *José*. Sientense turbados como Telémaco; pero no es la magestad del ministro de Faraon lo que les afecta, sino la voz que se levanta en el fondo de su conciencia.

Ulises dirige á Telémaco un largo discurso para probarle que es su padre; José no necesita decir tantas palabras á los hijos de Jacob. *Los llama á su lado*, porque si ha levantado bastante la voz para ser oído de toda la casa de Faraon, cuando les dice: *Soy José*, sus hermanos deben ser los únicos que oigan la explicación que va á añadir en voz baja: *Ego sum Joseph, FRATER VESTER, QUEM VENDIDISTIS IN AEGIPTUM*. No pueden rayar mas alto la delicadeza, la generosidad y la sencillez.

No olvidemos la bondad con que José consuela á sus hermanos; ni las excusas que de ellos hace diciendo que lejos de haber labrado su desgracia, son la causa de su brillante fortuna. Nunca deja de colocar la Escritura á la Providencia en la perspectiva de sus cuadros. Esa infinita prevision con que Dios conduce los negocios humanos, cuando mas á merced parecen de los caprichos del acaso, llena de asombro el ánimo. El hombre ama esa mano oculta en la nube, que sin cesar se hace sentir en todo cuanto le rodea; le es grato creer en los proyectos de la Sabiduría, y conocer que el momento de nuestra vida es un bosquejo de la eternidad.

Todo es grande con Dios, todo pequeño sin él; esto se extiende hasta los sentimientos. Supóngase que todo ocurre en la historia de José como se refiere en el Génesis; admítase que el hijo de Jacob es tan bueno y sensible como lo es; pero que es filósofo, y que en lugar de decir: «Estoy aquí por la voluntad del Señor», dice: «La fortuna me ha sido favorable;» supóngase, repetimos, todo esto, y el círculo, se estrechará, los objetos disminuirán, y lo patético desaparecerá al desaparecer las lágrimas.

Finalmente José abraza á sus hermanos como Ulises á Telémaco; pero empieza por Benjamin. Un autor moderno no hubiera dejado de hacerle arrojar al cuello del mas culpable de sus hermanos, para que su héroe fuese un verdadero personaje de tragedia. Pero la Biblia, conociendo mejor el corazón humano, ha sabido dar su justo valor á esa exageración del sentimiento, por la cual parece siempre que un hombre se esfuerza en llegar á lo que juzga un gran rasgo, ó en decir lo que conceptua una brillante frase. Por lo demás, la comparación que Homero hace de los sollozos de Telémaco y de Ulises con los gritos de un águila y sus aguiluchos (comparación que hemos suprimido), nos parece ajena á este lugar. *Y arrojándose al cuello de Benjamin, para abrazarle, lloró; y Benjamin lloró tambien, teniendo abrazado á José*: esta es la única magnificencia de estilo propio de tales ocasiones.

Otros muchos trozos de narración, no menos hermosos que el de José, halláramos en la Escritura; pero el lector puede compararlos con los pasajes de Homero. Fácil le será comparar, por ejemplo, el libro de Ruth con el de la recepción de Ulises en casa de Eumeo, pues Tobias presenta tiernas semejanzas con algunas escenas de la *Iliada* y de la *Odisea*: Priamo es conducido por Mercurio, bajo la forma de un joven, como el hijo de Tobias lo es por un ángel, bajo la misma exterioridad. No debe olvidarse el perro que corre á anunciar á unos padres ancianos el regreso de un hijo querido, y ese otro perro que habiéndose mantenido fiel entre unos servidores ingratos, cumple sus destinos cuando reconoce á su dueño bajo los harapos del infortunio. Nausicaa y la hija de Faraon van á lavar sus vestidos á los rios donde la una encuentra á Ulises, y la otra á Moisés.

Hay especialmente en la Escritura ciertas locuciones mas tiernas, en nuestro concepto, que toda la poesía de Homero. Si este se propone pintar la vejez, dice:

«Néstor el orador de los habitantes de Pilos, el de labios elocuentes, cuyas palabras eran mas dulces que la miel, se levantó en medio de la asamblea. Ya habia embelesado con sus discursos á dos generaciones de hombres, entre quienes habia vivido en la gran Pilos, y reinaba á la sazón sobre la tercera.»

Esta frase es de la mas hermosa antigüedad y de la mas dulce melodía. El segundo verso imita la dulzura de la miel, y la expresiva elocuencia del anciano.

Habiendo Faraon preguntado á Jacob cual era su edad, el patriarca le respondió:

«Há ciento treinta años que soy viajero. Mis dias han sido breves y calamitosos, y no han igualado los de mis padres.»

Hé aquí dos clases harto diferentes de antigüedad: la una está expresada en imágenes, lo está la otra en sentimientos; una despierta risueñas ideas, la otra pensamientos tristes; al representar una al caudillo de un pueblo, solo muestra al anciano relativamente á una posición determinada de la vida; la otra lo considera individualmente y por entero; en general, Homero hace reflexionar mas sobre los hombres, y la Biblia sobre el hombre.

Homero habla con frecuencia de las alegrías de dos esposos; pero lo hace alguna vez en estos términos?

«Isaac hizo entrar á Rebeca en la tienda de su madre Sara, y la tomó por esposa; y recibió tanto regocijo en ella, que sintió mitigarse el dolor que habia experimentado por la muerte de su madre.»

Dáremos fin á nuestro paralelo y á nuestra poética cristiana, con un ensayo que hará conocer al punto la diferencia que existe entre el estilo de la Biblia y el de Homero; al efecto, tomaremos un fragmento de la primera, para pintarlo con los colores del segundo. Ruth dice á Noemi:

«No te opongas á mí, obligándome á dejarte y marcharme; á cualquier lugar donde vayas, iré contigo; moriré donde tú mueras; tu pueblo será mi pueblo, tu Dios será mi Dios.»

Tratemos de traducir este versículo en lenguaje homérico:

«La hermosa Ruth respondió á la sabia Noemi, honrada de los pueblos como una diosa: «Cesa de oponerte á lo que una divinidad me inspira; yo te diré la verdad cual la sé, y sin disfraz alguno. He resuelto seguirte. Viviré á tu lado, ya sea que permanezcas entre los moabitás, hábiles en el manejo del dardo, ya regreses al país de Judá, tan fértil en olivos. Contigo pediré hospitalidad á los pueblos que respetan á los suplicantes. Nuestras cenizas se mezclarán en la misma urna, y haré siempre sacrificios agradables al dios que te acompaña.»

«Dijo: y como cuando el violento céfiro trae una benigna lluvia del lado de Occidente, los labradores

preparan el trigo y la cebada, y hacen canastillos de junco, primorosamente entretrejidos, porque consiste que aquella lluvia va á reblandecer la tierra, y á hacerla propia para recibir los preciosos dones de Ceres; así las palabras de Ruth ablandan, cual una ligera lluvia, el corazón de Noemi.»

Ved aquí tal vez la sombra del estilo de Homero, en cuanto nuestro escaso talento nos ha permitido imitar á este genio inmortal. ¿Pero el versículo de Ruth, desleído de este modo, no ha perdido ese encanto original que tiene en la Escritura? ¿Qué poesía puede valer en tiempo alguno tanto como este solo giro: *Populus tuus populus meus; Deus tuus Deus meus*. Fácil será ahora tomar un pasaje de Homero, y borrar su peculiar colorido, dejando su fondo á la manera de la Biblia.

Esperamos haber dado á conocer á nuestros lectores (por lo menos hasta donde nos lo han permitido nuestras fuerzas), algunas de las innumerables bellezas de los libros santos; ¡felices nosotros si hemos conseguido hacerles admirar esa grande y magestosa piedra que sostiene la Iglesia de Jesucristo!

Oigamos á San Gregorio el Magno: «Si la Escritura encierra misterios capaces de ocupar á los mayores ingenios, contiene tambien verdades sencillas, á propósito para alimentar á los mas humildes y los menos sabios; tiene en lo exterior con qué amamantar los niños, y en sus mas ocultos repliegues con que llenar de admiración los espíritus mas sublimes. Aseméjase á un rio cuyas aguas son tan bajas en ciertos lugares, que un cordero podría vadearlas, y tan profundas en otros, que un elefante nadaría en ellas.»

TERCERA PARTE.

BELLAS ARTES Y LITERATURA.

LIBRO PRIMERO.

Bellas-Artes.

CAPITULO PRIMERO.

MÚSICA.

De la influencia del Cristianismo en la música.

HERMANAS de la poesía, las bellas-artes serán ahora el objeto de nuestros estudios; identificadas, por decirlo así, con los pasos de la religion cristiana, la reconocieron por su madre no bien apareció en el mundo; ellas le prestaron sus encantos terrenales, y ella les comunicó su divinidad: la música dió notas á sus cantos; la pintura la representó en sus dolorosos triunfos; la escultura se complació en meditar á su lado en los sepulcros, y la arquitectura le erigió templos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento. Platon ha definido de una manera maravillosa la naturaleza de la música.

«No se debe juzgar, dice, de la música por el placer, ni preferir aquella que solo tenga á este por objeto, sino la que contiene en sí misma la semejanza de lo hermoso.»

En efecto, la música, considerada como arte, es una imitación de la naturaleza; su perfección consiste, pues, en representar la mas hermosa naturaleza posible. Pero el placer es cosa convencional que varia con los tiempos, las costumbres y los pueblos, y que no puede ser lo bello, pues este es uno, y existe de una manera absoluta. Siguese de aquí que toda

institución que sirve para purificar el alma, para alejar de ella la perturbación y las disonancias, y para hacer nacer en ella la virtud, es, por esta misma cualidad, propicia á la mas hermosa música, ó á la mas perfecta imitación de lo bello. Pero si esta institución es además de naturaleza religiosa, posee entonces las dos condiciones esenciales á la armonía, esto es, lo bello y lo misterioso. Los ángeles nos han legado el canto, porque el manantial de los conciertos está en el cielo.

La Religion es la que hace gemir en el silencio de la noche á la vestal, bajo sus tranquilas bóvedas; la Religion es la que canta tan dulcemente al borde del lecho del infortunado. Debióle Jeremías sus lamentaciones, y David sus sublimes penitencias. Mas altiva bajo la Antigua-Alianza, no pintó sino los dolores de los monarcas y los profetas; mas modesta, aunque no menos régia en la Nueva-Ley, sus suspiros son igualmente á propósito para los poderosos y los débiles, pues ha encontrado en Jesucristo la humildad unida á la grandeza.

Añadamos que la religion cristiana es esencialmente melodiosa, por la única razon de que ama la soledad. No es esto decir que sea enemiga del mundo, pues lejos de ser así, se muestra muy amable; pero esta celestial Filomela prefiere los asilos ignorados. Es un poco extranjera bajo el techo de los hombres, pues prefiere los bosques, que son los palacios de su padre y su antigua patria. En ellos levanta su voz al firmamento, en medio de los conciertos de la naturaleza: esta publica sin cesar las alabanzas del Criador, y nada hay mas religioso que los cánticos que cantan, acompañados del viento, las encinas y las cañas del desierto.

Así, pues, el músico que quiere seguir la Religion en sus relaciones, está obligado á aprender la imitación de las armonías de la soledad. Es preciso que conozca los sonos que producen los árboles y las aguas; preciso es que haya oído el rumor del viento en los claustros, y esos murmullos que reinan en los templos góticos, en la yerba de los cementerios y en los subterráneos de los muertos.

El Cristianismo ha inventado el órgano y hecho suspirar al insensible metal. El salvó la música en los siglos bárbaros; donde quiera que ha establecido su trono, allí se formó un pueblo que cantaba naturalmente como las aves. Para civilizar los salvajes, se valió de la magia de sus cánticos; así, el iroqués que no habia cedido á sus dogmas, cedió á sus conciertos. ¡Religion de paz! Tú no has dictado á los hombres, como los demás cultos, preceptos de odio y discordia, sino que les ha enseñado únicamente el amor y la armonía.

CAPITULO II.

Del canto gregoriano.

Si la historia no probase que el canto gregoriano es el resto de aquella música antigua de que tantos prodigios se refieren, bastaria examinar su escala para convencerse de su remoto origen. Antes de Gui-Aretin no se elevaba sobre la quinta, empezando por el *ut, re, mi, fa, sol*; estos cinco tonos son la gama natural de la voz, y dan una frase musical llena y agradable.

Mr. Burette ha conservado algunos aires griegos, en los que, comparados con el canto llano, se reconoce el mismo sistema. La mayor parte de los salmos son sublimes por su gravedad, particularmente el *Dixit Dominus Domino meo*, el *Confitebor tibi* y el *Laudate pueri*. El *In exitu*, arreglado por Rameau, es de un carácter menos antiguo; tal vez es del tiempo del *Ut queant laxis*, es decir, del siglo de Carlo Magno.

El Cristianismo es circunspecto como el hombre, y hasta su sonrisa es grave. Nada es tan hermoso como los suspiros que nuestros males arrancan a la Religión. El Oficio de difuntos es una obra maestra: creése oír en él los sordos rumores del sepulcro. Si hemos de creer una antigua tradición, el *canto que libra á los difuntos*, como le apellida uno de nuestros mejores poetas, es el mismo que se cantaba en las pompas fúnebres de los atenienses, en tiempo de Pericles.

En el Oficio de Semana Santa es notable la *Pasión* de San Mateo. El recitado del historiador, la gritería del pueblo judío y la dignidad de las respuestas de Jesús, forman un drama patético.

Pergoleso desplegó en el *Stabat Mater* toda la riqueza de su arte; pero ha excedido al simple canto de la Iglesia? Varió la música en cada estrofa, y no obstante, el carácter esencial de la tristeza consiste en la repetición del mismo sentimiento, y por decirlo así, en la monotonía del dolor. Diversas razones pueden motivar el llanto, pero este tiene siempre una amargura igual: por otra parte, es raro que se llore á la vez por muchos males, pues cuando son muchas las heridas, siempre hay una mas dolorosa que las demás y que termina absorbiendo todos los demás dolores. Esta es la razon del encanto de los romances antiguos. Ese canto parecido, que se reproduce en cada estrofa sobre las palabras diferentes, imita perfectamente la naturaleza: el hombre que padece recorre así diferentes imágenes, mientras el fondo de sus dolores subsiste invariable.

Pergoleso ha desconocido, pues, esta verdad que se enlaza con la teoría de las pasiones, al pretender que ni un suspiro del alma se pareciese al que le habia precedido. Dónde quiera hay variedad hay distracción, y donde quiera hay distracción no reina la tristeza. ¡Tan necesaria es la unidad al sentimiento! ¡Tan débil es el hombre, aun en esa misma parte donde radica toda su fuerza, es decir, en el dolor!

La leccion de las lamentaciones de Jeremías presenta un sello particular, pues aunque ha sido retocada por los modernos, su fondo nos parece hebraico, porque no se asemeja á los aires griegos del canto llano. El Pentateuco se cantaba en Jerusalén como las Bucólicas, sobre un tono lleno y dulce; las profecías se recitaban en un estilo rudo y patético; y los salmos tenían un modo extático que les estaba particularmente consagrado. Aquí volvemos á esos grandes recuerdos que el culto católico despierta en todas partes. Moisés y Homero, el Líbano y el Citeron, Solima y Roma, Babilonia y Atenas han legado sus despojos á nuestros altares.

Por último, el entusiasmo fue el que inspiró el *Te Deum*. Cuando, detenido en unas llanuras teatro de la victoria, en medio de los rayos y de la sangre humeante aun, al bélico son de los clarines y las trompetas, un ejército, surcado por el fuego de la guerra, doblaba la rodilla y entonaba el himno de la gratitud al Dios de las batallas; ó bien, cuando en medio de las lámparas y de las mazas de oro, de los cirios, y de los perfumes, á los prolongados suspiros del órgano, al alegre repique de las campanas, á la sorda vibración de los bajos, ese himno hacia resonar las vidrieras, los subterráneos y las cúpulas de una grandiosa basílica, no habia entonces un solo hombre que no experimentase algun movimiento de ese delirio que divinizaba á Píndaro en los bosques de Olimpia, y á David en el torrente Cedron.

Por lo demás, al no hablar sino de los cantos griegos de la Iglesia, échase bien de ver que no empleamos todos nuestros recursos, pues podríamos mostrar á los Ambrosios, los Dámasos, los Leones y los Gregorios, trabajando por sí mismos en el restablecimiento del arte músico; podríamos citar esas obras maestras de la música moderna, compuestas para las

festividades cristianas: á los Vinci, los Leo, los Hasse, los Galuppi y los Durante, educados, formados ó protegidos en los oratorios de Venecia, de Nápoles, de Roma, y en la corte de los sumos pontífices.

CAPITULO III.

Parte histórica de la pintura entre los modernos.

REFIERE la Grecia que viendo una doncella la sombra de su amante en una pared, diseñó sus contornos. De este modo, una pasión versátil creó el arte de las mas acabadas ilusiones.

La escuela cristiana ha buscado otro maestro, y lo reconoció en el Artista que, amasando un poco de barro en sus hábiles manos, pronunció estas palabras: *Hagamos al hombre á nuestra imagen*. El primer rasgo del dibujo ha existido, pues, para nosotros en la idea eterna de Dios, y la primera estatua que vió el mundo fue aquella famosa arcilla animada por el soplo del Criador.

Hay una fuerza de error que obliga al silencio, no de otro modo que la fuerza de verdad; una y otra, llevadas al último grado, producen convicción; la primera, negativa, la segunda, afirmativamente. Así, cuando se oye sostener que el Cristianismo es enemigo de las artes, se experimenta gran asombro, porque al instante se presentan á la memoria Miguel-Angel, Rafael, Carrachio, Dominico, Lesueur, Pousin, Costou, y tantos otros artistas cuyos nombres llenarian volúmenes.

A mediados del siglo IV, el imperio romano, invadido por los bárbaros, y desgarrado por la herejía, se arruinó en todas partes: Las artes no hallaron entonces otro asilo que el que los cristianos y los emperadores ortodoxos les concedieron. Teodosio eximió á los pintores, en virtud de una ley especial, del pago de todo tributo y de alojamientos militares. Los Padres de la Iglesia son inagotables en sus elogios á la pintura. San Gregorio se expresa de una manera digna de atención: *Vidi sapius inscriptionis imaginem, et sine lacrymis transire non potui, cum tam efficaciter ob oculos poneret historiam*; el santo se refería á un cuadro que representaba el sacrificio de Abraham. San Basilio avanza mas, pues dice que los pintores *hacen tanto con sus cuadros como los oradores con su elocuencia*. Un monge llamado Metodio, pintó en el siglo VIII ese *Juicio final* que convirtió á Bogoris, rey de los búlgaros. Los sacerdotes habian reunido en el colegio de la Ortodoxia, en Constantinopla, la mas hermosa biblioteca del mundo y las obras maestras de las artes; entre otras, veíase allí la Venus de Praxiteles; lo que prueba á lo menos que los fundadores del culto católico no eran unos bárbaros destituidos de gusto, y entregados á una absurda superstición.

Ese colegio fue demolido por los emperadores iconoclastas, y sus profesores fueron quemados vivos; y solo con grave riesgo de su vida, lograron los cristianos salvar la piel de dragon, de ciento veinte pies de longitud, en que estaban escritas en letras de oro las obras de Homero. Los cuadros de las iglesias fueron presa de las llamas. Unos heresiarcas estúpidos y frenéticos, bastante parecidos á los puritanos de Cromwell, destruyeron á sablazos los mosaicos de la iglesia de *Nuestra Señora* de Constantinopla y del palacio de las *Blaquernas*. Las persecuciones llegaron tan lejos que envolvieron á los mismos pintores, pues les fue prohibido bajo pena capital continuar sus estudios. El monge Lázaro tuvo el valor de ser mártir de su arte. En vano le hizo Teófilo quemar las manos para impedirle el manejo del pincel. Oculto en el subterráneo de la iglesia de *San Juan Bautista*, pintó con sus dedos mutilados el gran santo cuyo suplicante era; digno ciertamente de ser el patron de los pintores, y de ser reconocido en esa familia sublime á quien el

soplo ardiente del genio levanta sobre el vulgo de los hombres.

En el imperio de los godos y los lombardos, el Cristianismo continuó alargando una mano protectora á los talentos. Estos esfuerzos se advierten especialmente en las iglesias construidas por Teodorico, Luitprando y Didier. El mismo espíritu de religion inspiró á Carlo Magno, pues la iglesia de los Apóstoles, levantada por orden de este gran príncipe en Florencia, pasa aun actualmente por un monumento de bastante mérito.

Por último, hácia el siglo XIII, la religion cristiana, despues de haber luchado con mil obstáculos, volvió á traer en triunfo á la tierra el coro de las Musas. Todo se hizo para las iglesias, y mediante la protección de los príncipes religiosos. Bouchet, griego de origen, fue el primer arquitecto, Nicolás el primer escultor, y Cimabué el primer pintor, que exhumaron de las ruinas de Grecia y Roma el gusto antiguo. Desde entonces llegaron las artes, en diferentes manos y por diferentes genios, al siglo de Leon X, en que brillaron cual dos soles Rafael y Miguel-Angel.

Ya se deja conocer que no entra en nuestro plan escribir toda la historia del arte. Lo que nos cumple demostrar es que el Cristianismo es mas favorable á la pintura que cualquiera otra religion. Ora bien: es fácil probar tres cosas: 1.º Que siendo la religion cristiana de naturaleza especial y mística, ofrece á la pintura un bello ideal mas perfecto y divino que el que procede de un culto material; 2.º Que corrigiendo la fealdad de las pasiones, ó combatiéndolas con fuerza, da tonos mas sublimes á la figura humana; 3.º Que ha suministrado á las artes asuntos mas hermosos, mas ricos, mas dramáticos é interesantes que los asuntos mitológicos.

Las dos primeras proposiciones han sido latamente dilucidadas en nuestro exámen de la poesía; ahora nos ocuparemos de la tercera.

CAPITULO IV.

De los asuntos de cuadros.

VERDADES fundamentales:

1.º Los asuntos antiguos han quedado en manos de los pintores modernos; así, además de las escenas mitológicas, tienen las escenas cristianas.

2.º Lo que prueba que el Cristianismo habla mas al genio que la Fábula, es que en lo general nuestros grandes pintores han sido mas felices al manejar asuntos sagrados que al ocuparse de los profanos.

3.º Las costumbres modernas se prestan poco á las artes de imitación; pero el culto católico ha proporcionado á la pintura costumbres tan nobles como las de la antigüedad.

Pausanias, Plinio y Plutarco nos han conservado la descripción de los cuadros de la escuela griega. Zeuxis habia tomado por asunto de sus tres principales obras, á Penélope, á Helena y al Amor. Polignoto habia trazado en las paredes del templo de Deifos el saqueo de Troya y la bajada de Ulises á los infiernos. Enfanor pintó los doce dioses, á Teseo dictando leyes, y las batallas de Cadmea, de Leuctres y Mantinea; Apeles representó á Venus Anadiomena bajo las facciones de Campaspe; Etion las bodas de Alejandro y de Roxana, y Timanto el sacrificio de Ifigenia.

Comparad estos asuntos con los cristianos, y advertireis su inferioridad. El sacrificio de Abraham, por ejemplo, es igualmente tierno, y de un gusto mas sencillo que el de Ifigenia; en él no hay soldados, ni grupos, ni tumulto, ni ese movimiento que sirve para alejar el ánimo de la escena. Todo se reduce á la cima de una montaña, á un patriarca que cuenta sus años por siglos, á una cuchilla levantada sobre un *hijo único*; y al brazo de Dios que detiene el brazo paterno.

Las historias del Antiguo Testamento han llenado nuestros templos de cuadros de este género; y nadie ignora cuan favorables son al pincel las costumbres patriarcales, los trajes del Oriente, la vigorosa naturaleza de los animales y de las soledades de Asia.

El Nuevo Testamento cambió la índole de la pintura. Sin suprimir cosa alguna á su sublimidad, le imprime mas ternura. ¿Quién no ha admirado cien veces las *Navidades*, las *Virgenes y el Niño*, la *Fuga al desierto*, la *Coronación de espinas*, los *Sacramentos*, las *Misiones de los Apóstoles*, el *Descendimiento de la cruz* y las *Mujeres* al pié del santo sepulcro? ¿Pueden las bacanales, las fiestas de Venus, los raptos y las metamorfosis, mover el corazón tanto como los cuadros tomados de la Escritura? El Cristianismo nos muestra en todas partes la virtud y el infortunio, al paso que el politeísmo es un culto de crímenes y de prosperidad. Nuestra religion es nuestra historia; por nosotros ha presenciado el mundo tantos espectáculos trágicos: somos personajes de las escenas que el pincel pone á nuestra vista, pues las armonías mas morales y mas tiernas se reproducen en los asuntos cristianos. ¡Eternamente glorificada seas, religion de Jesucristo, tú que habías representado en el Louvre al *Rey de reyes crucificado*, el *Juicio final* en el techo de las salas de nuestros tribunales, una *Resurrección* en el hospital general, y el *Nacimiento* del Salvador en la casa de esos huérfanos abandonados por sus padres y madres!

Por lo demás, podemos decir aquí acerca de los asuntos de los cuadros lo que hemos dicho de los asuntos de los poemas: el Cristianismo ha creado para el pintor una parte dramática muy superior á la de la mitología. La Religion es la que nos ha dado los Claudios de Lorena, como tambien los Delille y los Saint-Lambert. Sobran, empero, tantos raciocinios: recórranse las galerías y museos enriquecidos por el pincel cristiano, y dígase luego, si posible es decirlo, que el genio del Cristianismo es poco favorable á las bellas artes.

CAPITULO V.

Escultura.

Lo que acabamos de decir de la pintura se aplica igualmente á la escultura, salvo algunas diferencias que se enlazan con la parte técnica del arte.

La estatua de Moisés, por Miguel-Angel en Roma; Adam y Eva, por Baccio en Florencia; el grupo del Juramento de Luis XIII, por Coustou en París; el San Dionisio del mismo; el sepulcro del cardenal de Richelieu, obra del doble genio de Le Brun y Girardon; el monumento de Colbert, ejecutado por los dibujos de Le Brun, por Coyzevox y Tuby; el Cristo, la Virgen de la Misericordia, los ocho apóstoles de Bouchardon, y otras muchas estatuas del género piadoso, demuestran que el Cristianismo sabe animar con igual maestría el mármol y el lienzo.

Seria, no obstante, de desear que los escultores desterrasen en lo sucesivo de sus composiciones fúnebres esos esqueletos que colocan en los sepulcros, pues no se ve en ellos el genio del Cristianismo, que tan hermosa para el justo pinta la muerte.

Es preciso tambien abstenerse de representar cadáveres (por grande que sea el mérito de la ejecución), ó la humanidad sucumbiendo á largas enfermedades. Un guerrero que espira en el campo de batalla en todo el vigor de la edad, puede ser soberbio; pero un cuerpo quebrantado por la enfermedad, es una imagen rechazada por las artes, á no ser que se mezcle algun milagro, como en el cuadro de San Carlos Borromeo. Coloquense pues, en la sepultura de un cristiano, á un lado el llanto de su familia y el dolor de los hombres; y al otro, la sonrisa de la esperanza y

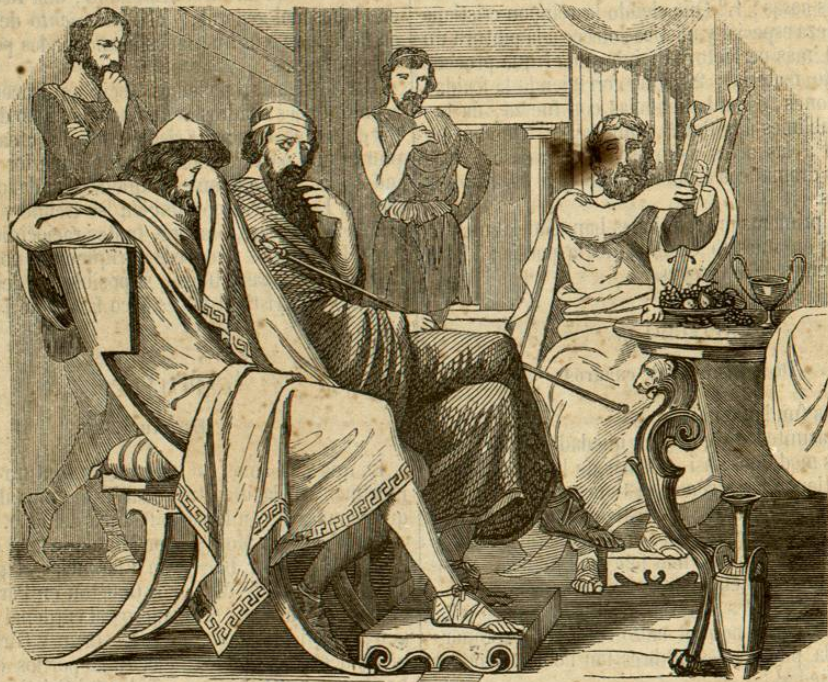
las alegrías celestiales: un sepulcro á cuyos dos bordes se viesan las escenas del tiempo y las de la eternidad, seria admirable. La muerte podria figurar tambien, pero bajo las facciones de un ángel, á la vez benigno y severo, porque la tumba del justo debe siempre hacer exclamar con San Pablo: ¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¿qué has hecho de tus armas?

CAPITULO VI.

ARQUITECTURA.

El cuartel de inválidos.

Al tratar de la influencia del Cristianismo en las artes, no se necesitan ni sutileza, ni elocuencia, toda vez que los monumentos se encargan de responder á los detractores del culto evangélico. Basta, por ejemplo, nombrar á San Pedro de Roma, á Santa Sofía de Constantinopla y á San Pablo de Londres, para probar que somos deudores á la Religión de las tres obras maestras de la arquitectura moderna.



ULISES EN CASA DE ALCINOÓ.

parece desnudo, triste y desierto, colocad en él un campanario campestre, y todo se animará al punto; las gratas ideas del pastor y del rebaño, de asilo para el viajero, de limosna para el peregrino, y de hospitalidad y de caridad cristiana, brotarán en todas partes.

Cuanta mas piedad y fe han tenido las edades que han erigido nuestros monumentos, mas sorprendentes han sido estos por la grandeza y la nobleza de su carácter. Vemos un ejemplo notable de esta verdad en los *Inválidos* y en la *Escuela militar*, pudiendo decirse que el primer monumento ha hecho subir sus bóvedas al cielo á la voz del siglo religioso, y que el segundo se ha inclinado á la tierra á la palabra del siglo ateo.

El Cristianismo ha restablecido en la arquitectura, como en las demás artes, las verdaderas proporciones. Nuestros templos, ni tan pequeños como los de Atenas, ni tan gigantescos como los de Memphis, ostentan esa sabiduría de proporciones en que reinan lo hermoso y el gusto por excelencia. Por medio de la *cúpula*, desconocida de los antiguos, la Religión ha mezclado oportunamente el atrevimiento del orden gótico á la sencillez y elegancia de los órdenes griegos.

Esta cúpula, que se cambia en campanario en la mayor parte de nuestras iglesias, imprime á nuestras aldeas y ciudades un carácter moral que no podian tener las ciudades antiguas. Los ojos del viajero se fijan desde luego en esa flecha religiosa, cuyo aspecto despierta multitud de sentimientos y de recuerdos; ella es la pirámide fúnebre en cuyo derredor duermen sus antepasados; es el monumento de alegría donde el bronce sagrado anuncia la vida del fiel; allí se unen los esposos; allí se arrodillan los cristianos al pié de los altares: el débil para pedir fuerza á Dios; el culpable para implorar al Dios de misericordia; el inocente para cantar al Dios de bondad. Si un paisaje

Tres cuerpos, que forman con la iglesia un largo cuadro, componen el edificio de los *Inválidos*. Pero, ¡qué gusto reina en esa sencillez! ¡cuánta hermosura se advierte en ese patio, que no es, sin embargo, sino un claustro militar, en que el arte ha mezclado á las ideas guerreras las ideas religiosas, y enlazado la imagen de un campamento de veteranos con los tiernos recuerdos de un hospicio! Ese palacio militar es á la vez el monumento del *Dios de los ejércitos* y del *Dios del Evangelio*. El orin de los siglos que empieza á cubrirlo, le presta nobles relaciones con esos veteranos, ruinas animadas que pasean bajo sus antiguos pórticos. En los patios exteriores, todo retrata la idea de los combates: fosos, glacis, murallas, cañones, tiendas de campaña y centinelas. Si se penetra en el

interior, el bullicio decrece por grados, y al fin se pierde en la iglesia, donde reina un profundo silencio. Este edificio religioso está á la espalda de las construcciones militares: es la imagen del reposo y de la esperanza, en el fondo de una vida llena de agitacion y de peligros.

El siglo de Luis XIV es acaso el único que conoció bien esas analogías morales, y que hizo siempre en las artes lo que debia hacerse, sin superfluidades ni

supresiones inconvenientes. El oro del comercio ha levantado las soberbias columnatas del hospital de *Greenwich* en Inglaterra; pero en la masa de los *Inválidos* se nota un sello que lo hace aparecer como mas altivo é imponente. Bien se echa de ver que la nacion que ha construido semejantes palacios para la ancianidad de sus ejércitos, ha recibido el poder de la espada y el cetro de las artes.



JOSÉ Y SUS HERMANOS.

CAPITULO VII.

Versalles.

La pintura, la arquitectura, la poesía y la elocuencia han degenerado siempre en los siglos filosóficos. Con-

siste esto en que el espíritu de analisis, al destruir la imaginacion, mina, digámoslo así, los cimientos de las bellas-artes. Creen algunos ser mas sabios porque destruyen ciertos errores de fisica (que reemplazan con todos los de la razon); y en realidad se retrocede,

porque se pierde una de las mas bellas facultades del espíritu.

En Versalles se han reunido las grandezas de la edad religiosa de la Francia. Apenas ha trascurrido un siglo, y esos bosquecillos que resonaban con el estruendo de las fiestas, se ven únicamente animados por la voz de la cigarra y del ruiseñor. Ese palacio, que puede ser considerado como una vasta ciudad; esas escaleras de mármol que parecen subir á las nubes; esas estatuas, esos estanques y esos bosques, se muestran hoy ó ruinosos ó cubiertos de musgo, ó secos ó derribados; y no obstante, nunca esta regia mansion ha parecido mas pomposa ni menos solitaria. Todo estaba vacío en otro tiempo en esos lugares, pues la pequeñez de la corte anterior (antes de tener en su favor la grandeza de su infortunio), parecía hallarse fuera de su centro en los vastos recintos de Luis XIV.

Cuando el tiempo ha dado un golpe de muerte á los imperios, algun nombre grande se identifica con sus despojos y los cubre con su prestigio. Si la noble miseria del guerrero sucede actualmente en Versalles á la magnificencia de los patios; si los cuadros de milagros y de mártires han sido reemplazados por profanas pinturas, ¿por qué habria de ofenderse la sombra de Luis XIV? Este monarca dió lustre á la Religion, á las artes y al ejército; y se ve con placer que las ruinas de su palacio sirven de abrigo á las ruinas del ejército, de las artes y de la Religion.

CAPITULO VIII.

De los templos góticos.

Cada cosa requiere su puesto: verdad trivial, en fuerza de ser tan repetida, pero sin la cual nada puede llegar á la perfeccion. Un templo egipcio en Atenas no hubiera agrado mas á los griegos, que un templo griego en Memfis á los egipcios. Si estos dos monumentos cambiasen de lugar, perderian su principal hermosura, ó lo que es lo mismo, sus relaciones con las instituciones y las costumbres de entrambos pueblos. Aplicamos esta reflexion á los monumentos del Cristianismo. Y es digno de notarse que en este siglo incrédulo los poetas y novelistas se complacen en retroceder naturalmente á las costumbres de nuestros antepasados, en introducir en sus ficciones los subterráneos, los fantasmas, los castillos y los templos góticos; ¡tan poderoso es el encanto de los recuerdos que se enlazan con la Religion y la historia de la patria! Las naciones no se despojan de sus tradicionales costumbres, cual de un antiguo vestido. Púedéseles arrancar alguna parte de él, pero quedan girones que forman un absurdo contraste con los nuevos vestidos.

En vano se construirán templos griegos, muy elegantes y bien iluminados para reunir el pueblo de San Luis, y hacerle adorar á un Dios metafísico, pues siempre echará de menos esas *Nuestra Señora* de Reims y de París; esas enmohecidas basílicas llenas de las generaciones que fueron y de las almas de sus padres; siempre recordará el sepulcro de algun señor de Montmorency, sobre el que acostumbraba arrodillarse durante la misa, sin olvidar las sagradas fuentes á que fue llevado al nacer. Sucede así, porque todo esto está esencialmente enlazado con nuestras costumbres; porque un monumento no es digno de veneracion sino en cuanto está impresa en sus bóvedas, ennegrecidas por los siglos, una larga historia de lo pasado. Hé aquí porque nada hay de maravilloso en un templo que hemos visto construir, y cuyos ecos y cúpulas se han formado á nuestra vista. Dios es la ley eterna: su origen, pues, y todo lo que á su culto concierne, debe perderse en la noche de los tiempos.

No es posible entrar en una iglesia gótica sin experimentar cierta conmocion y un vago sentimiento de

la Divinidad. El espíritu se ve repentinamente trasladado á los tiempos en que los cenobitas, despues de haber meditado en los bosques de sus monasterios, iban á postrarse ante el altar á cantar las alabanzas del Señor, en la calma y el silencio de la noche. La antigua Francia parecía resucitar; creíase ver aquellos extraños trajes, aquel pueblo tan diferente de lo que es actualmente, y venian á la memoria sus revoluciones, sus trabajos y sus artes. Cuanto mas distaban de nosotros esos tiempos, mas mágicos nos parecian; mas nos llenaban de esos pensamientos que terminan siempre con una reflexion acerca de la nada del hombre y la celeridad con que trasurre la vida.

El órden gótico, á pesar de sus proporciones bárbaras, tiene una hermosura peculiar.

Los bosques han sido los primeros templos de la Divinidad, y en ellos han tomado los hombres las primeras nociones de la arquitectura. Este arte ha debido, por consiguiente, variar segun los climas. Los griegos torcieron la elegante columna corintia en su capitel de hojas, sobre el modelo de la palmera. Los enormes pilares del antiguo estilo egipcio representan el sicomoro, la higuera oriental, el banano y la mayor parte de los árboles gigantescos del Africa y del Asia.

Los bosques de las Galias pasaron á su vez á los templos de nuestros padres; nuestros bosques de encinas conservaron de este modo su origen sagrado. Esa bóveda en que el cincel ha trazado espesos follajes; esos piés derechos que sostienen las paredes y terminan bruscamente á manera de troncos rotos; la frescura de las bóvedas, las tinieblas del santuario, las naves oscuras y las puertas bajas, retratan los laberintos de los bosques en la iglesia gótica; todo hace sentir el religioso horror, los misterios y la Divinidad. Las dos soberbias torres, colocadas á la entrada del templo, descuellan sobre los olmos y los tejos del cementerio, y producen un efecto pintoresco destacándose sobre el vivo azul del cielo. Ora el sol naciente ilumina sus gemelos vértices; ora se muestran coronados con un magnífico capitel de nubes; ora aumentados á través de una atmósfera vaporosa. Los mismos pajarillos parecen equivocarse y tomarlas por los árboles de sus bosques; las cornejas revolotean sobre sus calados remates y posan en sus galerías. Súbitamente resuenan confusos rumores en sus alturas y ahuyentan á las asustadas avejillas. Aspirando á gloria mayor que la de construir bosques, el arquitecto cristiano ha querido imitar en cierto modo sus murmullos; y por medio del órgano y del suspendido bronce ha unido al templo gótico hasta el rumor de los vientos y de los truenos que ruedan sordos en la profundidad de los bosques. Los siglos, evocados por aquellos religiosos sonidos, levantan su decrepita voz en el seno de las piedras, y suspiran melancólicos en la espaciosa basílica; el santuario muge como la caverna de la antigua sibila; y mientras el bronce se columpia con estruendo sobre la cabeza del creyente, los abovedados subterráneos de la muerte enmudecen profundamente á sus piés.

LIBRO DÉCIMO.

Filosofía.

CAPITULO PRIMERO.

Astronomía y Matemáticas.

CONSIDEREMOS ahora los efectos del Cristianismo en la literatura en general. Esta puede ser clasificada en estos tres principales ramos: Filosofía, Historia y Eloquencia.

Entendemos aquí por Filosofía el estudio de toda clase de ciencias.

El lector verá que al defender la Religion, no atacamos la sabiduría, pues estamos muy lejos de confundir el orgullo sofisticado con los sanos conocimientos del espíritu y del corazón. La verdadera filosofía es la inocencia de la vejez de los pueblos, cuando han cesado de tener virtudes por instinto, y las tienen por razon; esta segunda inocencia es menos segura que la primera, pero cuando se puede llegar á ella, es mas sublime.

Sea cual fuere el punto de vista bajo que se considere el culto evangélico, se ve que engrandece el pensamiento y que es adecuado á la expansion de los sentimientos. Sus dogmas no se oponen en las ciencias á ninguna verdad natural; su doctrina no prohibe ningun estudio. Entre los antiguos, un filósofo encontraba siempre alguna divinidad en su camino, y era condenado bajo pena de muerte ó de destierro por los sacerdotes de Apolo, á ser mirado como un visionario toda su vida. Pero como el Dios de los cristianos no ha elegido por su estrecha morada un sol, ha entregado los astros á las vanas investigaciones de los sabios: *Ha puesto el mundo á su vista, como un estímulo á sus disputas.* El físico puede pesar el aire en su tubo, sin temor de ofender á Juno. No de los elementos de nuestro cuerpo, sino de las virtudes de nuestra alma, nos pedirá cuenta un dia el Juez Supremo.

Sabemos que se nos citarán algunas bulas de la Santa Sede, ó algunos decretos de la Sorbona, que condenan este ó aquel descubrimiento filosófico; pero ¡cuántas decisiones de la corte de Roma pudieran citarse tambien en favor de estos mismos descubrimientos! ¿Es esto decir otra cosa sino que los sacerdotes son hombres como nosotros, y que se han mostrado mas ó menos instruidos, segun el curso natural de los siglos? Basta que el Cristianismo, como institucion, nada pronuncie contra las ciencias, para que sostenamos con fundamento nuestro primer aserto.

Por lo demás, observemos que la Iglesia ha protegido casi siempre las artes, aunque algunas veces ha desalentado los estudios abstractos, mostrando en esto su acostumbrada sabiduría. En vano se atormentarán los hombres, puesto que nunca entenderán la naturaleza, porque no son ellos los que han dicho al mar: *Llegarás hasta aquí, no avanzarás mas, y aquí se estrellará el orgullo de tus olas.* Los sistemas se sucederán eternamente, pero la verdad permanecerá siempre ignorada: *¿Por qué no abre un día la naturaleza su seno?* exclama Montaigne; *¡Oh Dios! ¿qué de errores, qué de falsos juicios hallaríamos en nuestra escasa ciencia!*

Los antiguos legisladores, de acuerdo en este punto, como en otros muchos, con los principios de la religion cristiana, se oponian á los filósofos, y colmaban de honores á los artistas. Esas pretendidas persecuciones del Cristianismo contra las ciencias, deben, pues, extenderse á los antiguos, en quienes, sin embargo, reconocemos tanta sabiduría. El año de Roma 591, el senado expidió un decreto en que se desterraba de la ciudad á los filósofos; y seis años despues, Caton se apresuró á proscribir á Carneades, embajador de los atenienses, por temor, decia, de que la juventud perdiese la sencillez de las costumbres antiguas, aficionándose á las sutilezas de los griegos. Si el sistema de Copérnico fue desconocido de la corte de Roma, ¿no le cupo igual suerte entre los griegos? «Aristarco, dice Plutarco, opinaba que los griegos debian condenar jurídicamente á Cleanto de Samos por blasfemo y como dislocador del centro del universo; tanto mas, cuanto que tratando de salvar las apariencias, suponía que el cielo permanecía inmóvil y que la tierra se movía por el círculo oblicuo del zodiaco, girando en derredor de su eje.»

Pero tambien es cierto que la moderna Roma se mostró mas sabia, puesto que el mismo tribunal eclesiástico que condenó primero el sistema de Copérnico, permitió seis años despues enseñarlo como hipótesis. Por otra parte, ¿debían esperarse mas conocimientos astronómicos de un sacerdote romano que de Tycho-Brahé, que continuaba negando el movimiento de la tierra? Por último, un papa Gregorio, reformador del calendario; un monge Bacon, quizá inventor del telescopio; un cardenal Cuza y un sacerdote Gassendi, ¿no han sido, ó los protectores ó las antorchas de la astronomía?

Platon, genio tan apasionado por las ciencias sublimes, dice terminantemente en una de sus mejores obras, *que los estudios elevados no son útiles á todos, sino tan solo á un reducido número;* y añade esta reflexion, robustecida por la experiencia: «Una ignorancia absoluta no es el mal mayor ni el mas temible; lo es mucho mas un cúmulo de conocimientos mal digeridos.»

Así, pues, si la Religion hubiese menester de justificacion respecto de este asunto, no careceríamos de autoridades entre los antiguos, ni aun entre los modernos. Hobbes ha escrito muchos tratados para probar la incertidumbre de la ciencia mas cierta de todas, es decir, de las matemáticas. En el que há por título: *Contra Geometras, sive contra phasium Professorum*, censura una á una las definiciones de Euclides, y patentiza lo que tienen de falso, de vago ó de caprichoso. Es de notar la manera con que se anuncia: *Itaque per hanc epistolam hoc ago ut ostendam tibi non minorem esse dubitandi causam in scriptis mathematicorum, quam in scriptis phisicorum, ethicorum*, etc. «Te haré ver en esta carta que no hay menor causa de duda en los escritos de los matemáticos, que en los de los físicos, moralistas, etc.»

Bacon se expresa con un lenguaje aun mas enérgico contra las ciencias, pareciendo que adopta su defensa. En concepto de este eminente varon, está probado que una ligera tintura de filosofía, puede inducir al hombre á desconocer á Dios, pero que un saber profundo le acerca á él.

Si esta idea es verdadera, ¡cuán terrible es! porque por cada genio capaz de llegar á esa plenitud de saber exigida por Bacon, y en la que, segun Pascal, se tropieza en otra ignorancia, ¡cuántas medianías no la alcanzarán jamás, y permanecerán en esas nubes de la ciencia que ocultan la Divinidad!

El orgullo será siempre triste causa de perdicion para la multitud, pues nunca se logrará persuadirla de que ignora todo, cuando cree saber todo. Solo los grandes hombres pueden apreciar ese último punto de los conocimientos humanos, en que vemos con dolor desvanecerse los tesoros que habíamos allegado, y en que tornamos á encontrarnos á merced de nuestra origen: ¡pobreza. Y ved aquí el por qué la mayoría de los sabios ha opinado que los estudios filosóficos son asaz peligrosos para el vulgo. Locke consagra los tres primeros capítulos del cuarto libro de su *Ensayo acerca del entendimiento humano*, á precisar los límites de nuestra inteligencia, harto tristes en verdad, por ser tan estrecho el círculo que abrazan. Oigámosle:

«Hallándose nuestra mente circunscrita en tan reducida esfera como he demostrado, acaso no será supérfluo, para mejor apreciar el actual estado de nuestro espíritu... conocer nuestra ignorancia, lo que... puede servir de mucho para dar fin á las disputas... si, despues de haber descubierto hasta qué punto tenemos ideas claras... no descendemos á ese abismo de tinieblas (en que nuestros ojos nos son enteramente inútiles, y donde nuestras facultades no pueden hacernos percibir cosa alguna), *infatuados, como lo estamos, en la necia idea de que nada es superior á nuestra comprension.*